

EL PROCESO DE LA CIVILIZACIÓN DE NORBERT ELIAS: UNA PROPUESTA DE ABORDAJE PSICO Y SOCIO-GENÉTICO DE LA NOCIÓN DE TRABAJO¹

Introducción

El presente trabajo constituye una propuesta de abordaje de un aspecto central del proceso civilizatorio, en el cual se analizará la conformación de la noción de trabajo tanto en su contenido psicogenético como sociogenético. La temeraria labor que constituye la obra de N. Elias sobrepasa cualquier aspiración del presente trabajo. Antes bien, se intentará esbozar ciertas ideas preliminares y pasibles de verificación socio y psico – históricas², si bien están fundadas en datos empíricos de la realidad provenientes principalmente del libro de J. Neffa “El trabajo humano: Contribuciones al estudio de un valor que permanece”. En lugar de desarrollar una teoría abstracta del trabajo, elaboraremos, de acuerdo a la concepción de la historia de Elias, un análisis subyacente a la historia concreta de la humanidad. Por ese motivo, al tomar en cuenta a la historia, es posible repensar el trabajo dentro de un proceso civilizatorio con sus marchas y contramarchas y no como algo meramente cultural el cual puede conllevar prejuicios tales como naturaleza de tal o cual colectividad respecto al trabajo³. Es posible hablar de un proceso civilizatorio de la noción de trabajo en un contexto tan vasto como Occidente debido a que, así como la sociedad cortesana se constituyó primeramente en Francia para expandirse por el resto de Occidente (Elias, 1993: 259), es posible considerar la noción actual de trabajo en el contexto del

¹ Diego Fabián Szlechter. Correo electrónico: diego_szlechter@yahoo.com.ar. Profesor de la Universidad de San Andrés (Vito Dumas 284, Victoria, Prov. de Buenos Aires). Doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de General Sarmiento-IDES. Master en Administración de la Universidad Ben Gurión de Israel. B.A. en Ciencia Política y en Economía de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

² En este sentido, intentaremos seguir la línea de investigación del autor, reconociendo que “...es precisa una psicología socio-histórica, unas investigaciones psico-genéticas y socio-genéticas, con el fin de trazar la línea de unión entre todas estas manifestaciones de los seres humanos y su existencia social. Quien se ocupa de la historia de la sociedad, así como quien se ocupa de la historia del espíritu, considera que “la sociedad” por un lado y el mundo ideal de los hombres, sus “ideas”, por el otro, son dos configuraciones distintas que, de algún modo, deben separarse.” (Elias, 1993)

³ La pregunta principal que se plantea Elias en su obra “El proceso de la civilización” es “averiguar cómo y por qué pasó la sociedad occidental de una pauta a la otra, es decir, cómo se civilizó”. (Elias, 1993: 104-105). De forma más específica, el autor se pregunta “¿qué transformación específica en su forma de vivir modela el aparato psíquico de los seres humanos en el sentido de una civilización?” (Elias, 1993: 451) Elias sostiene que la progresiva división social por funciones cada vez más específicas ha acarreado un aumento de la presión de la competencia social para ajustar el comportamiento individual –en el sentido del cumplimiento de su función social- al cada vez más rígido entramado social. (Elias, 1993: 451) De esta manera, nuestra pregunta principal estriba, por un lado, en averiguar cómo se pasó de la explotación física a la refinada en el trabajo y, por otro, qué efectos tuvo en la estructura psíquica de los trabajadores, tomando en consideración lo que Elias describe como ciertas formas de violencia que se daban sólo como violencia física, quedando reducidas a espacios pacificados, como ser la violencia y la coacción económicas. Esta violencia pacificada queda mediatizada en la creación de costumbres que, en ámbitos laborales pasa a adquirir los rasgos de la explotación moderna. (Elias, 1993: 454) El aparato psíquico que se constituye debido a estos medios pacificados de violencia procede de “aquellas particularidades que atribuimos a la civilización, estos es, máquinas, descubrimientos científicos, formas estatales” y que “son testimonios de una cierta estructura de las relaciones humanas, de la sociedad y de un cierto modo de organizar los comportamientos humanos”. (Elias, 1993: 105) En el trabajo se exige un comportamiento en función del dinero y del prestigio o status social. (Elias, 1993: 456)

capitalismo industrial norteamericano (que a su vez proviene de una concepción protestante del espíritu capitalista en términos de Weber) como la pauta oficial del mismo.

La idea que disparó mi interés en escrutar la manera en que se fue conformando la noción del trabajo humano se basó en un párrafo del libro de Elias, en el cual define de manera magistral el proceso según el cual el trabajo como deber y no como necesidad termina siendo introyectado⁴ tanto en las clases bajas como las altas, aunque con manifestaciones diferentes. La necesidad de seguir perteneciendo a las clases acomodadas ejerce una coacción tan fuerte y modificadora del comportamiento como la de buscar el sustento⁵. (Elias, 1993: 480) Así, en la época medieval, al renunciar el campesino a la carne debido a una coacción externa -ya que pertenece a la mesa del señor- terminará absteniéndose de comer carne aún cuando no haya riesgo alguno de coacción externa. (Elias, 1993: 466) Del mismo modo, es posible ver al comerciante que, enriquecido, sigue trabajando sin estar sometido a la amenaza externa de la miseria o el hambre, pero siente la presión de la lucha competitiva por el poder y el prestigio social. Esta identificación de la subjetividad con la profesión y su posición social, termina siendo una forma introyectada de coacción constante, pasando a ser una condición de su estabilidad mental. (Elias, 1993: 467)

Elias considera al comportamiento cortesano como una bisagra en la transición del feudalismo al capitalismo industrial. Tal como dice el autor, la civilización es un proceso más que un producto estático, por lo que es posible observar rastros de épocas pasadas en el comportamiento subjetivo y en las estructuras sociales. Resulta más que elocuente la manera en que el comportamiento cortesano está implícito y plenamente arraigado en ámbitos laborales del capitalismo moderno. “Las cortes acaban convirtiéndose en los centros reales de determinación del estilo de vida en Occidente”. (Elias, 1993: 258) Este estilo de vida incluye el estilo de trabajo “cortesano” en el cual se produce una relación especial entre diferentes niveles jerárquicos en general y entre el jefe y el empleado en particular. “Las cortes de los grandes señores son como escenarios en los que cada uno trata de labrar su fortuna. Esto no puede conseguirse más que alcanzando el favor del príncipe y de los nobles más importantes en la corte, por lo que hay que esforzarse todo lo posible por hacerse bien quisto. Lo mejor para ello es hacer creer al otro que se está dispuesto a servirle en todo momento y con todas las fuerzas (...). Para esto está la cortesía, que nos hace reflejar tal determinación en nuestra compostura que el otro queda convencido de nuestra voluntad de servicio (...). Este es el resultado más habitual de la cortesía, que concede una gran ventaja a quien la practica. (...) Sólo lo que es perceptible por los sentidos es lo que llama la atención

⁴ Adopto en este sentido la noción de introyección que utiliza H. Marcuse en el libro “La sociedad industrial contemporánea”, al analizar la libertad en la sociedad tecnológica: “La libertad en esta sociedad tiende a operar como una introyección de la necesidad”. (Marcuse et. al, 1967: 53)

⁵ “El miedo a la pérdida o, incluso, a la disminución del prestigio social es uno de los motores más poderosos del cambio de las coacciones externas en autocoacciones”. (Elias, 1993: 481)

de los hombres superficiales...”. (Elias, 1993: 62) Este *ethos* cortesano tan expandido en ambientes laborales de los más diversos en la modernidad se cristaliza a través de discursos productivistas⁶ en los cuales se dice premiar la productividad de los trabajadores, pero termina siendo el estilo cortesano de trabajo el que logra las mayores ventajas en términos de promociones, ascensos, estabilidad en el empleo y remuneraciones. En la corte se forman las características más valoradas de cada individuo, se da una “opinión sobre el valor de cada individuo” (Elias, 1993: 483), siendo este valor no un producto de las capacidades, esfuerzo o potencialidades del mismo, sino del “favor real de que goza” y de “la influencia que ejerce sobre otras personas poderosas.” (Elias, 1993: 483) Así como la corte es un lugar de domesticación y de mantenimiento de la nobleza, un lugar en el cual la protección se paga con un cierto tipo de “esclavitud” (Elias, 1993: 481), hoy en las grandes empresas se exige una identificación y una entrega casi ciegas a cambio de una similar protección.

Elias menciona a la necesidad de distinción y diferenciación frente a los demás y a la de luchar por mayores oportunidades con medios relativamente pacíficos por medio de las intrigas y de la diplomacia, comportamientos que dieron origen a la contención de las emociones y a la autodisciplina en las cortes. (Elias, 1993: 260) Esto es exactamente lo que sucedió en el proceso de “acortesamiento” de los ámbitos laborales en Occidente.

Si bien el desarrollo histórico de la noción de trabajo que se analizará más adelante, nos mostrará una evolución progresiva de la esclavitud hacia formas más dulcificadas de servidumbre, esto no hubiese sido posible sin un comportamiento “cortesano” por parte de los trabajadores (e incluso de los empresarios y capitalistas).

Si bien Elias hace hincapié en forma constante del carácter distintivo de la cultura, en el sentido de distinción de clase frente a las demás, al mismo tiempo opera un proceso inverso de integración de prácticas culturales entre las clases altas y las dominadas⁷. En este sentido, Elias considera que en la sociedad occidental, las clases

⁶ Elias considera que la elevación del nivel de productividad del trabajo es un requisito indispensable para la elevación del nivel de vida de las clases bajas, ya que de esta manera crece la dependencia funcional de las clases altas junto a una creciente división funcional de la sociedad que implica la creación de monopolios fiscales y políticos, llevando seguridad a la vida del individuo. (Elias, 1993:514) Considero que el autor pertenece a una corriente quizás muy extendida en su época (y aún hoy) en la cual se le otorga un poder casi mágico y mecánico al desarrollo industrial productivo de los países, ya que sólo de esta manera se hace posible mejorar el nivel de vida de la población. Es posible que el poder adquisitivo de la gente aumente, pero se hace necesario verificar que esto venga acompañado de una mejora en la calidad de vida, o, en otros términos, que el ser humano se realice (en el sentido de sus aspiraciones y potencialidades) a través de los aumentos en el nivel de vida. Es imposible evitar la reflexión acerca del precio que se debe pagar por el aumento constante de la productividad, tanto en las clases bajas como en las acomodadas: un aumento constante de la alineación del sujeto en su trabajo. Evidentemente la creencia ciega en el progreso suponía una futura liberación del sujeto de las cargas penosas del trabajo. Es más evidente aún que no sólo que esa profecía dista mucha de ser realizada sino que la alineación y las fuerzas necesarias de coacción en el ámbito laboral son cada vez más profundas y fuertes.

⁷ Sin embargo, no es posible explicar el desarrollo del concepto de trabajo sin su correspondiente división por clases. Tal como sostiene Elias, “nada es más característico de la conciencia de la clase media que esta afirmación: las puertas de abajo tienen que seguir cerradas. Las puertas de arriba han de abrirse”. Este pensamiento burgués (o más bien pequeño burgués) ha tenido una gran influencia en las nociones modernas de trabajo y en las formas más y menos legitimadas del mismo. No es casual que en la burguesía

dominantes van adoptando conductas propias de las clases dominadas. Es de esta manera que se puede observar hoy en occidente a una sociedad regulada por el trabajo y especialmente por el trabajo asalariado. Como lo explica el autor, el trabajo era un distintivo de las clases inferiores, entendiéndose por trabajo la forma penosa de esfuerzo por “ganarse el pan” y el trabajo más manual que intelectual. (Elias, 1993: 467)

Esta forma de coacción autoimpuesta de forma natural, en la cual el individuo regula sus afectos, conductas y emociones, toma forma en el trabajo de manera que constituye actualmente no sólo un medio para sobrevivir sino *conditio sine qua non* para la estabilidad y salud mental de grandes masas de población del mundo occidental, tanto de clases bajas como de las clases dominantes.

De acuerdo con Elias, la sociología de la civilización supone un refinamiento progresivo de la sociedad junto con una pacificación y racionalización crecientes. La combatividad y la agresividad encuentran una manifestación socialmente aceptada no sólo en el deporte, tal como sostiene Elias (Elias, 1993: 240), sino también en la competitividad existente en ámbitos de trabajo. De esta manera, nos surge una pregunta relacionada intrínsecamente con el objeto de este escrito: ¿Acaso se ha logrado un proceso similar en la noción de trabajo? Si la noción de cambio social es endógena al sistema, por lo que se debe tomar en cuenta a la historia, entonces el conflicto de clases no sería lo único que explique las transformaciones en el mundo del trabajo. Es posible elevar la hipótesis que, en un eventual estudio etnográfico, sería posible observar la autocoacción en la ética del trabajo de los trabajadores.

Desarrollo histórico de la noción de trabajo

Presentaremos a continuación un breve recorrido histórico de la noción de trabajo en el cual se haga posible vislumbrar las transformaciones estructurales y subjetivas que se fueron sucediendo con respecto a la forma de abordar el trabajo. Tal como menciona Elias, es menester contemplar el desarrollo histórico de las “ideas” de forma integrada con el de las estructuras sociales. Por lo tanto, en esta breve síntesis, haremos hincapié en transformaciones de largo plazo y en grandes rasgos, sin detenernos en una mera historia de las ideas, plasmada en una historia filosófica de la noción del trabajo, muchas veces desprovista de datos empíricos, y sujeta a elucubraciones que pocas veces exceden lo conjetural.

Para poder esbozar una síntesis del desarrollo histórico de la noción de trabajo y sus implicancias empíricas en cuanto a las diferentes figuraciones sociales dentro de las cuales se materializó, es necesario establecer una

las tasas de fecundidad sean cada vez más bajas, mientras que en las clases bajas sigan siendo altas y por otro lado el único trabajo remunerado sea el productivo y siga sin ser reconocido el trabajo reproductivo. La confianza ciega en el progreso infinito de la *civilisation* hizo necesario e incluso imperioso unificar las diferentes concepciones del trabajo que constituían residuos de sociedades precapitalistas y disponerlas exclusivamente en beneficio del progreso. “Aún no se ha terminado la civilización de los pueblos”. (Elias, 1993: 93)

definición lo suficientemente amplia como para abarcar diferentes concepciones del mismo pero a la vez lo suficientemente concreta como para delimitar un campo⁸ en términos de Bourdieu. La pacificación de la sociedad occidental estaría proyectada en un espacio social en el cual existe una interdependencia de cadenas recíprocas o figuraciones. Así, en lugar de hablar de lucha de clases, habría una lucha por la apropiación de saberes legitimados en determinados campos.

De esta manera, Neffa aporta una definición al menos preliminar del concepto de trabajo: "...podemos definir el trabajo como un conjunto coherente de operaciones humanas que se llevan a cabo sobre la materia o sobre bienes inmateriales como la información, con el apoyo de herramientas y diversos medios de trabajo, utilizando ciertas técnicas que se orientan a producir los medios materiales y servicios necesarios a la existencia humana. Según la etimología vigente, el trabajo es una noción que indica la existencia de un esfuerzo, es una actividad física penosa y generadora de fatiga, que para dar lugar a una obra utiliza herramientas apropiadas, se sirve de una tecnología y moviliza, -además del cuerpo- un saber productivo y la voluntad." (Neffa, 2003: 12)

La etimología de la palabra trabajo se remonta a la Edad Media y "proviene del latín *tripalium*, una herramienta o caballete de tres patas que servía para herrar y curar los caballos y para "atormentar" (darle forma) a la materia sobre la cual se trabaja, pero que luego fue también utilizada como instrumento de tortura. Por eso siglos más tarde (XII al XVI), *tripaliare*, o sea trabajar, significaba atormentar, hacer sufrir y el verdugo era denominado "el trabajador", el que castigaba y hacía sufrir." (Neffa, 2003: 50) De una noción netamente negativa, el trabajo pasó a representar el medio de existencia que permite ganarse el pan.

Elias describe la transición de una economía natural a otra crecientemente industrializada y monetarizada en la forma de un distanciamiento progresivo de la naturaleza por parte del individuo. La represión de las emociones va acompañada de un refinamiento de la contemplación de la naturaleza, si bien de forma distanciada. (Elias, 1993: 504) Se hace posible la manipulación distanciada de la naturaleza para provecho propio y en beneficio de una productividad creciente. El trabajo, de constituir parte integral de las actividades del hombre, pasa a configurar un lugar propio, un "objeto" o un medio a través del cual se puede lograr un fin. El trabajo deja de ser una actividad en sí misma, integrada a la naturaleza, pasando a ser un medio indispensable de sustento y de interacción social.

En la antigüedad, la noción actual de trabajo mercantil asociada al intercambio de bienes y servicios no tenía mucho sentido, sino que se trataba en realidad de actividades relacionadas con la comunidad local. (Neffa,

⁸ Los campos se construyen dentro del espacio social. Son espacios de disputa donde se dirimen determinados capitales simbólicos, definiéndose lo legítimo de lo que no lo es, imponiéndose al conjunto del campo y al conjunto de la sociedad. Son lugares donde se diferencia la producción de clases, de personas que se caracterizan a través de la disputa de un universo de productos culturales. (Bourdieu, 1998)

2003: 13) En este tipo de sociedades menos complejas, con una escasa o nula división social del trabajo, “se trataba siempre de una actividad personal, pero que podía llevarse a cabo colectivamente y en un contexto social (...), lo que no excluía la dimensión lúdica. En ese entonces, la motivación de los individuos no era puramente económica ni la satisfacción de intereses personales, sino que formaba parte de las obligaciones sociales que no requerían una remuneración monetaria. (...) No tenía mucho sentido hacer la distinción entre el espacio donde se vivía y donde se desarrollaban esas actividades, tampoco entre el tiempo de trabajo y el no trabajo.” (Neffa, 2003: 14)

Durante la época arcaica, en la cual se produce la transición hacia la polis griega, se producen los primeros indicios de monetarización de la economía, generando determinados comportamientos individuales y estructuras sociales que constituyeron mecanismos de coacción y disciplinamiento del individuo. Ante la pobreza de las tierras cultivables, los griegos comienzan a aglutinarse en territorios colonizados con mejores tierras, formando algunos de ellos las primeras ciudades, surgiendo en este contexto la moneda metálica. Algunos lograron hacer fortuna mientras que otros se transformaron en mendigos sin recursos. Los pequeños agricultores que se instalan en las tierras nuevas, necesitan de los servicios de hombres de oficio para que hagan lo que ellos no saben hacer. Estos hombres se agrupan en los centros urbanos. Se crea de esta manera la moneda para favorecer los intercambios. La incipiente monetarización de la economía causó estragos en los campesinos: éstos se empezaron a endeudar, la propiedad comenzó a concentrarse, se incentiva el control de nacimientos y la esclavitud por deudas. (Neffa, 2003: 18)

La polis genera un vínculo inseparable entre los ciudadanos que la componen y la actividad ejercida por ellos. “Si los hombres se unen, es porque tienen la necesidad los unos de los otros (...); la ciudad se constituye en oposición al ideal de autarquía de la familia y por lo tanto fundamenta la división del trabajo.” (Neffa, 2003: 31) Sin embargo, esta división por funciones, si bien responde a la multiplicidad de las necesidades, también lo hace debido a la limitación de las capacidades. En ningún momento hay referencias aún a un modo de organizar las tareas de manera de hacerlas más productivas. Las funciones están basadas sobre diferencias casi biológicas con arreglo en cualidades naturales. (Neffa, 2003: 32) La polis ejercía una clara distinción entre trabajo manual e intelectual, entre esfuerzo y ocio (no en su acepción moderna de tiempo libre). Esto produjo estructuras de coacción externas, que obligaban a la existencia de una masa de artesanos, esclavos, campesinos empobrecidos y comerciantes que con su trabajo tomaban a cargo la producción y transporte de los bienes y servicios necesarios. Los esclavos constituían cosas, parte de la propiedad de sus amos. Este tipo de “división social” del trabajo, suponía el sistema de castas, que trajo aparejado determinados tipos de coacciones externas y autocontrol creciente entre las castas dominadas (desde esclavos hasta comerciantes).

La esclavitud por naturaleza justificada por Aristóteles en su Política ha sido el pilar ideológico sobre el que se asentó el trabajo que permitió el sostenimiento de la economía del mundo clásico en Occidente. (Neffa, 2003: 38) A diferencia del mundo moderno, existía una concepción estática del mundo, por lo que la división social por castas de la sociedad no daba lugar a grandes cambios o a la llamada movilidad social. De este modo sería posible elevar la hipótesis de una cierta relación histórica entre la actual modalidad de “contrato de locación de servicios” y la posibilidad del amo en la civilización griega o romana de alquilar a sus siervos a otros. (Neffa, 2003: 45) Si bien el recorrido histórico que hemos hecho en este último párrafo peca de simplista, no es desdeñable la suposición que la actual precariedad laboral y la consiguiente conducta en cierto modo apática de grandes masas de trabajadores es pasible de ser relacionada con la conducta de los siervos en la esclavitud. La diferencia estribaría en la introyección de la coacción.

Elias menciona a la Edad Media como una etapa en la cual se comenzó a producir un aumento paulatino y persistente del sector monetario de la economía a costa de la economía natural. El aumento de la “masa monetaria” en ciertas zonas generó una suba constante de los precios de los productos comercializados. De esta manera, todos lo que contaban con un ingreso fijo resultaron perjudicados, en especial los señores feudales que percibían rentas fijas por las posesiones de tierras. (Elias, 1993: 261) El sector asalariado semiesclavizado pasó a depender cada vez más de los empleadores de turno ya que a cada aumento de los precios era necesario un aumento correspondiente en sus ingresos. El poder central se vio favorecido a través del sistema de ingresos fiscales. Así, crecieron también los militares. “El presupuesto de esos ejércitos era una productividad creciente de los impuestos y, también, un exceso de oferta de fuerza de trabajo...”. (Elias, 1993: 262) Este exceso de oferta de trabajo dio origen a lo que hoy consideramos desempleo y trajo como consecuencia las políticas gubernamentales de apoyo a determinados tipos de empleos que traigan consigo aumentos en la productividad.

La reivindicación del trabajo manual frente al intelectual se produjo de forma gradual. Esta valorización concuerda con la tesis de Elias en la cual las clases dominantes terminan adoptando prácticas culturales de las clases dominadas. Así, “la regla benedictina con su estructuración del tiempo diario en los “tres ocho” (8 horas para trabajar, 8 para dormir y 8 para rezar) reivindicó la legitimidad del trabajo manual, en un primer momento, para cultivar la tierra y, posteriormente, para tareas artesanales”. (Neffa, 2003: 49)

Durante el renacimiento, nace una nueva clase social que busca la riqueza por sí misma (...) y la posesión de bienes deja de ser considerada un obstáculo para alcanzar la vida eterna. (...) Para ellos es necesario prever, hacer ahorros, invertir e incluso endeudarse (...) ... de esa manera progresivamente se va forjando el moderno concepto de trabajo, basado en la iniciativa individual, en la disciplina laboral y en la coordinación de los esfuerzos y los medios de producción (...).” (Neffa, 2003: 53) Por un lado, se valora la iniciativa individual de

toda la sociedad, pero por otro, a los que no pueden, no quieren o no poseen las capacidades de asumir los riesgos de dicha iniciativa, les rige la disciplina del mercado, que define quién es empleable y quién no. La actividad económica per se pasa a tener un valor capital, mientras que se hace necesario un autocontrol de los trabajadores para que se inserten dentro de este sistema sin mayores sobresaltos.

A modo de síntesis preliminar de los cambios psico y socio históricos que han sido esbozados hasta aquí, es posible sostener que “las civilizaciones antiguas mantuvieron la esclavitud porque no podían, sin ella y sin la coacción que permitía ejercer sobre determinados trabajadores, satisfacer necesidades materiales. Cuando se hallaron en condiciones de inventar máquinas y de utilizarlas para satisfacer aquellas, la integración de la esclavitud en todas sus estructuras y el deprecio suscitado por su existencia en cuanto a las actividades productoras, les impidieron o al menos hicieron sumamente lentos, los cambios sustanciales que hubiese podido realizar.” (Neffa, 2003: 55)

Si bien el espíritu capitalista del trabajo mostró sus primeros rasgos incipientes en los comerciantes italianos de los siglos XIV y XV e incluso, como se pudo ver en párrafos anteriores, la Grecia clásica ya anunciaba ciertos indicios, la reforma protestante trajo aparejada una noción del trabajo apreciado por sí mismo por el mero hecho de acumular riquezas, llevando a buscar una productividad sin tregua, a ser severos con el descanso, el ocio (ya no en términos griegos) y la pereza. (Neffa, 2003: 56) Es evidente que las coacciones externas necesarias para hacer cumplir a las clases dominadas con estas condiciones eran menos abiertamente violentas que en la antigüedad esclavista. Si bien ya en ese momento se pudieron vislumbrar las primeras revueltas contra esta forma de trabajo, se iba moldeando la división social del trabajo en el aparato psíquico del trabajador.

Con la conquista de América, comenzó a desarrollarse la noción de civilización vs. incivilización o salvajismo. Algunos de los rasgos principales que los europeos denostaban del salvajismo eran la pereza, la indolencia y la aparente forma de recreativa de enfrentar el trabajo: “los indígenas no trabajaban, jugaban”. (Neffa, 2003: 58) La civilización, de esta forma, pasó a formar parte de la cosmovisión europea del mundo, en la cual era necesaria una racionalización y una economía del tiempo, un esfuerzo diario por acumular riquezas por medio del dominio (destrucción) de la naturaleza y del dominio de sí mismo. Como consecuencia, todo lo que no se adscribía a esta forma de vida (trabajo) era visto como salvaje o incivilizado. Aquí, a diferencia de Elias, la civilización era vista como algo más bien estático y no como proceso.

Elias ve en la colonización europea de África, Asia y América como una forma de civilización de pueblos dominados por parte de pueblos desarrollados, con un alto entramado de la división del trabajo. Europa conquista a los pueblos de dichos continentes por un deseo de incluirlos dentro de ese entramado que termina

produciendo una civilización de los pueblos dominados. (Elias, 1993: 517) Sin embargo, esta domesticación de los pueblos dominados, llevó en un primer momento a un aumento de la esclavitud y luego a una división internacional del trabajo, en la cual los pueblos conquistados terminan produciendo para el incesante incremento del nivel de vida de los países “centrales”. El autor considera que para este tipo de “relación”, se hizo necesario un fomento de los mecanismos de autocoacción y de súper-yo de los sometidos al modelo occidental. Es posible que no sea difícil comprender las razones de la alineación en el trabajo de grandes masas de población producto de coacciones externas “dulcificadas”.

“Según Max Weber, es a partir de la reforma protestante y del pensamiento de Calvino y de Lutero, cuando comienza a practicarse una “ética del trabajo”, que valoriza la vida de los seres humanos “en este mundo”, justifica el beneficio económico resultante del trabajo y del comercio, convierte en virtudes la austeridad del consumo y la propensión al ahorro llevando al extremo esa lógica; se pasa así progresivamente de “trabajar para vivir” a “vivir para trabajar””. (Neffa, 2003: 59) Esta lógica del trabajo necesitaba de manera imperiosa que las clases dominadas la introyecten e internalicen a través de un proceso autocoacción para evitar la necesidad de la coacción externa. Elias expresa que la división del trabajo genera un aumento de la individualidad. Hoy, la forma de contratación más extendida en empresas es la del contrato individual, con los correspondientes premios y castigos individuales y la necesidad que el trabajador perteneciente a las clases dominadas pase a identificarse paulatinamente con los valores de la empresa para la cual trabaja.

Con la revolución industrial, desaparece el poder de los señores feudales, de los propietarios agrícolas y del artesanado, mientras crecía el poder de las grandes fábricas. Esto fue conformando un nuevo tipo de explotación en el trabajo. Poco a poco, la explotación se fue dulcificando ya que la mejor manera de poder aumentar los niveles de productividad era con el consentimiento del trabajador.

Las actividades valoradas pasan a ser la producción y la circulación de mercancías y capitales, mientras que el ocio, el deporte, el trabajo doméstico o el arte pasan a formar parte de las inactividades. “El trabajo queda así, subordinado en el proceso de acumulación, el resultado de su esfuerzo se subsume en el capital constante pero sin perder del todo su autonomía: esta tensión genera problemas de salud psíquica y mental, repercute sobre las demás actividades y sobre la vida familiar, dejando trazas, estudiadas por las disciplinas que se ocupan de las condiciones y medio ambiente de trabajo.” (Dejours, citado por Neffa, 2003: 62) El proceso civilizatorio se

presenta junto con bolsones de incivilización⁹. La autoacción y el autocontrol que se autoimponen los trabajadores cobran su precio a través de la salud psíquica de los mismos.

En la Enciclopedia es posible observar ciertos pasajes que muestran una evangelización del trabajo, en el sentido de su utilidad para la salud mental del individuo y de la sociedad, de forma que se menosprecia todo intento de evasión del mismo: “utilidad del trabajo contra el aburrimiento”, “reflexiones sobre los peligros del ocio”, “el gobierno debe proporcionar medios de trabajo a los que viven en la ociosidad”, “el establecimiento arbitrario de los días de fiesta es una violación de la ley divina que nos ordena trabajar durante seis días”. (Jacob, citado por Neffa, 2003: 62) De esta manera, la supervivencia de los trabajadores dependía de su adscripción a la forma asalariada del trabajo. Sin embargo, las clases dominantes (los capitalistas) pasaron a imitar ciertos comportamientos de las clases dominadas.

La dulcificación de la servidumbre a través del pago por servicios, llega de la mano de la división y especialización del trabajo, descrita por A. Smith: “El precio real de cualquier cosa (...), lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirla, son las penas y fatigas que su adquisición supone. Lo que realmente vale para el que ya la ha adquirido y desea disponer de ella o cambiarla por otros bienes, son las penas y fatigas de que lo librarán y que podrá imponer a otros individuos”. (Smith, citado por Neffa, 2003: 66) “El trabajador reproduce su fuerza de trabajo, pero como no es una verdadera mercancía, no la puede almacenar ni acumular, debe venderla porque si no la usa, se destruye y si no obtiene recursos alimentarios puede también morir su poseedor”. (Neffa, 2003: 82) Esta dulcificación de la esclavitud a través del alquiler de la fuerza de trabajo, muestra de manera concluyente, que en el proceso de la civilización, las fuerzas que puján hacia un retroceso en el mismo son muy fuertes y no dan señales de debilitamiento.

Weber explica la psicogénesis o el cambio de mentalidad que fue necesaria para acompañar los cambios culturales que trajo el espíritu del capitalismo: “la revalorización de las actividades terrenales contrariamente a la interpretación tradicional prevaleciente en los textos bíblicos, que dejan de condenar a las personas por acceder a la propiedad de los medios de producción para enriquecerse, hacer negocios con fines de lucro, prestar a interés, ahorrar y hacer inversiones”. (Neffa, 2003: 69) Weber basa estos conceptos en un evolucionismo en el cual se produce una creciente centralización de los mercados a través de la moneda. Es

⁹ Al analizar la restricción de la agresividad en el proceso civilizatorio a través de la autoacción, Elias reconoce la persistencia de bolsones de incivilización en determinadas figuraciones. “Únicamente en las épocas de trastorno social, o bien en las zonas coloniales, en las cuales el control social es más limitado, se manifiestan estos instintos de forma más directa, menos apagada y sin sufrir represión ninguna por las pautas de vergüenza y pudor”. (Elias, 1993: 231) Así, es posible encontrar aún hoy en día en vastas regiones del planeta, la explotación del trabajo infantil usufructuado por compañías multinacionales occidentales.

probable que, junto a esta centralización, se haya posibilitado la centralización de la legitimidad y la valoración de ciertas formas de trabajo.

Elias sostiene que en el proceso de la civilización, el sujeto, a través de las numerosas autoacciones que se va imponiendo, muchas veces de forma totalmente inconsciente, termina generando un ser humano reprimido y lleno de tedio. Marx, define estos mecanismos de represión como formas específicas de alienación en el trabajo: “La propiedad privada de los medios de producción por parte del capitalista y la división social del trabajo están en el origen de la alienación, consistente en la apropiación del fruto del trabajo hecho por otros, en el extrañamiento, en el control y la dominación del trabajador, en la imposibilidad de hacer un trabajo autónomo desarrollando sus potencialidades, en la necesidad de trabajar para asegurar la existencia de la vida. Así, dice Marx, cuanto más productiva es la fuerza de trabajo, menos el trabajador es él mismo y más se acumula el capital”. (Marx, citado por Neffa, 2003: 78) Si bien Marx menciona sólo al trabajador en el proceso de alienación, en el proceso de la civilización se produce una alienación creciente incluso del capitalista, que adquiere patrones de conducta similares al trabajador, pero en lugar de estar subsumido al capital o al capitalista, queda subsumido al mercado y a sus “leyes”.

Es posible explicar el proceso de autoacción creciente en el individuo en las sociedades modernas occidentales a través de las consecuencias de la división del trabajo social mencionadas por E. Durkheim: “la división del trabajo da como resultado una mayor interdependencia de los seres humanos y por eso mismo contribuye a relacionarlos entre sí, ya que cada uno se dedica a una función dentro del todo social, necesitando de los demás para sobrevivir (...).” (Durkheim, citado por Neffa, 2003: 90) Así, la anomia en términos de Durkheim, es pasible de ser comparada con los bolsones de incivilización mencionados por Elias. Durkheim sostiene que la división social del trabajo genera una disolución de las normas que vinculan al individuo con la sociedad. Esto permite una mayor explotación en el trabajo ya que queda minimizada la acción colectiva que pueda generar un avance en el proceso civilizatorio.

La división social del trabajo a la que alude Durkheim implica, según Elias, que la creciente estandarización de la producción de comienzos del siglo XX, ha llevado a una multiplicación de los eslabones de la cadena de actos interdependientes que lleva a su vez a una división muy exacta del tiempo vital. (Elias, 1993: 464) Tanto el obrero como el empresario se encuentran imbricados y subordinados a las tecnologías del mundo laboral. Sin embargo, es necesario aclarar, que “no es la técnica la causa de esta transformación de los comportamientos”. (Elias, 1993: 468) Posiblemente las tecnologías de la información y de las comunicaciones constituyen una de las últimas formas de consolidación de un proceso de larga data que quizás acelere ciertos procesos sociales pero que definitivamente no los ha generado.

El proceso civilizatorio ha tenido -y sigue teniéndolo aún- un acérrimo enemigo producto de la revolución industrial: el deterioro de las condiciones y medio ambiente de trabajo. En su primera etapa generó un elevado desempleo, creando las condiciones para el surgimiento del movimiento obrero. Quienes no tenían trabajo y erraban de ciudad en ciudad para encontrarlo, fueron considerados vagabundos y en tal condición, fueron declarados inútiles al mundo”. (Neffa, 2003: 92) Se puede observar un proceso de disciplinamiento del trabajador junto al proceso civilizatorio. Del miedo al látigo, se pasa al miedo a quedar excluido del sistema. De esta manera no sorprende que la única forma de inclusión social en el mundo occidental actual sea a través del trabajo, e incluso los subsidios a los desempleados obligan a sus beneficiarios a realizar trabajos “comunitarios”. Queda excluida toda forma de inclusión social que no sea a través de la “productividad”. De esta manera surge una nueva moral: la ética del trabajo con su correspondiente famosa frase de “el trabajo dignifica”.

La globalización de la noción occidental productivista del trabajo tiene como origen los vínculos cada vez más estrechos entre el Estado y la economía en un contexto de integración creciente de los mercados. Los acuerdos comerciales firmados entre diferentes Estados son testigos de este proceso¹⁰. Las leyes laborales están siendo parte de este proceso de globalización. “Las tensiones entre los Estados que luchan entre sí por conseguir la supremacía sobre zonas de dominación cada vez más amplias dentro del mecanismo de competencia se manifiestan en renunciaciones y restricciones muy concretas por parte del ciudadano; implican una mayor presión laboral y una inseguridad profunda para el individuo. Y todo ello, las renunciaciones, la intranquilidad, la mayor carga laboral, suscitan miedo, tanto miedo como la amenaza directa a la vida”. (Elias, 1993: 529) Esta situación genera miedos específicos: al despido, a la posibilidad de estar a merced de los poderosos, a padecer hambre y miseria, a la decadencia, a la disminución de la propiedad y de la autonomía, a la pérdida del elevado prestigio (para las clases medias y altas). (Elias, 1993: 529) Elias sostiene que el miedo diferenciador y no el miedo a la miseria es el que echa raíces en la constitución de las clases. (Elias, 1993: 529 y 530) Es evidente que las consecuencias que estos miedos traen aparejados en la noción de trabajo tienen más que ver con una racionalidad instrumental (un medio para ganarse el sustento o un medio para mantener el status social) que con

¹⁰ Elias considera a “la espiral de la competencia” entre países - producto de las interdependencias crecientes en los mismos- como una fatalidad, desestimando cualquier deseo de ponerle fin a la misma. (Elias, 1993: 522) Es interesante analizar la forma que adquiere el trabajo dentro del contexto de la lucha competitiva, ya que la necesidad de subordinación a niveles crecientes de productividad debido a esta “globalización”, probablemente logre deteriorar cada vez más el medio ambiente de trabajo, la estabilidad laboral y la salud psíquica de los trabajadores. Sin embargo, es necesario destacar, que Elias sostiene que sólo el establecimiento de un monopolio de violencia física a nivel mundial puede prevenir y matizar la intensidad de las tensiones competitivas. (Elias, 1993: 523) Es posible que la acción colectiva y las políticas públicas sean medios idóneos de combatir el nivel de competitividad en ámbitos laborales, proveyendo la estabilidad que las organizaciones privadas no pueden proveer. La creencia actual, casi religiosa, en el término competitividad - de los países, de las empresas e, incluso, ¡de los individuos!- constituye un obstáculo en la creación de organizaciones centrales monopólicas que logren al menos suavizar las tensiones sociales y psíquicas que provoca.

la romántica visión de cierto tipo de trabajo como liberador o “dignificador” del individuo, que ciertos organismos nacionales e internacionales y ciertas ideologías con intereses particulares, pretender imponer.

El Banco Mundial, institución clave de la globalización de los mercados, promueve una determinada visión del trabajo que está siendo cada vez más extendida en el mundo: la empleabilidad, o sea, una condición constante de amenaza de exclusión del sistema¹¹ excepto que cada individuo (generalmente esto corresponde a las clases dominadas) se encuentre en un proceso constante de actualización para adaptarse a los cambiantes caprichos de cada vez más competitivos mercados. De una manera similar, el PNUD (el programa de desarrollo de las Naciones Unidas) promueve el desarrollo de microempresarios que desarrollen microemprendimientos y así corran con los riesgos propios de un empresario capitalista de estas épocas. Evidentemente, esto genera una autoacción psíquica de las clases más marginadas en el sentido de un disciplinamiento de acuerdo a las leyes del mercado para no quedar encerrados en la trampa de la pobreza extrema. Este *ethos* del trabajo dominante, al menos en parte, comparte ideas esbozadas por Elias, en el sentido de la creencia casi ciega –previa a la segunda guerra mundial- en el “derrame” de los aumentos de la productividad. La creencia en el progreso infinito necesitaba ideologizar una determinada noción del trabajo que acompañe un aumento constante de esta productividad, por lo que iba acompañada de *slogans* como “el trabajo libera al hombre”.

En el texto de Elias “Mi trayectoria intelectual”, el autor vislumbra cambios en el contexto de la globalización que estaban sucediendo en ese momento: se debilita la figura del empresario emprendedor “libre” que rige un destino dada la integración de los mercados mundiales y la fusión de empresas. (Elias, 1995) De esta manera se descentra el individuo como agente de transformación social. El trabajo se hace más abstracto aún, se fetichiza.

Conclusiones

Para Elias, el punto de comparación de las estructuras sociales mundiales es Occidente, si bien es menester reconocer procesos, ritmos y direcciones “civilizatorios” propios de diversas regiones del planeta. Para éste, parece no haber procesos con identidad propia que diverjan de la noción europeocéntrica de la civilización. Elias parece mostrar un proceso un tanto mecánico o previsible que quizás existió en la historia europea, pero que no necesariamente constituyó el panorama socio-histórico de otras regiones. A modo de ejemplo de un cierto carácter mecanicista del proceso civilizatorio, el autor describe la creciente dependencia funcional de las clases altas y el crecimiento del poder social de las inferiores que lleva en el largo plazo a la contención de las clases altas. (Elias, 1993: 476) La dependencia funcional de las clases altas respecto de las bajas se está

¹¹ “...junto a los autocontroles conscientes que se consolidan en el individuo, aparece también un aparato de autocontrol automático y ciego que, por medio de una barrera de miedos, trata de evitar las infracciones del comportamiento socialmente aceptado...” (Elias, 1993: 452) Uno de esos miedos que se manifiestan en el ámbito laboral es el miedo al despido y su correspondiente exclusión social.

haciendo cada vez más débil debido al creciente desarrollo de las tecnologías de la información y la telecomunicación, que permiten dejar de depender de la mano de obra de grandes masas de personas de las clases subordinadas, obstaculizando el mejoramiento de su nivel de vida por un lado y, por otro, liberando a las clases altas de la necesidad de contención.

El autor propone analizar al proceso civilizatorio en su conjunto, incluyendo en el análisis las hegemonías y contrahegemonías que se desprenden. Así, cabe pregunta acerca de si habrá un salto evolutivo o si llegaremos a través de este proceso a un ocaso en la civilización. Junto con esta pregunta, es posible interrogarse sobre el futuro del trabajo: a raíz de la creciente tercerización de los contratos de trabajo y con la inestabilidad laboral que este proceso acarrea, ¿cómo será acompañado este proceso socio-histórico con el aparato psíquico de grandes masas de población?

Es posible que nos encontremos en un período de transición en el proceso civilizatorio. En este tipo de fase, sostiene Elias, “los hombres ponen en cuestión gran parte del comportamiento de generaciones anteriores que éstas consideraban absolutamente natural”. (Elias, 1993: 526) Cada vez más voces claman por el reconocimiento de formas alternativas a la noción tradicional del trabajo, como ser el trabajo que requiere contacto personal con el otro, por ejemplo el cuidado de chicos y ancianos, el trabajo doméstico, la crianza de los hijos, etc. Si analizamos estos reclamos dentro del proceso de la civilización por un lado y tomamos en cuenta la creciente mercantilización de diversas esferas de la vida por otro, ¿se terminarán mercantilizando incluso las visiones alternativas del trabajo?

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre, 1998. La distinción. Criterio y bases sociales del gusto. Madrid, Taurus.

ELIAS, Norbert, 1993. El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

ELIAS, Norbert, 1995. Mi trayectoria intelectual. Barcelona, Península.

NEFFA, Julio, 2003. El trabajo humano: Contribuciones al estudio de un valor que permanece. Buenos Aires, Lumen.

MARCUSE, Herbert. et al, 1967. La sociedad industrial contemporánea. México D.F., Siglo XXI.